



FINADOS.

No satisfecha la religion con dar ruegos y bendiciones á cada tumba, ha coronado las cosas de la otra vida con una ceremonia general en que reúne la memoria de los innumerables habitantes del sepulcro.... ¡Vasta comunidad de muertos en que el grande esta tendido cerca del pequeño; república de igualdad perfecta á donde no se entra sin quitar el caseo y la corona para pasar por la agachada puerta del sepulcro !

« En este dia solemne en que se celebran los funerales de la familia entera de Adan, mezcla el alma sus tribulaciones por los antiguos muertos á las penas que ya siente por sus deados y amigos recién perdidos. Toma el pesar con esta union algo de sùblime, como un dolor moderno toma un carácter antiguo cuando el que lo expresa ha nutrido su imaginacion con las viejas tradiciones de Homero. Solamente la religion era capaz de ensanchar así el corazon del hombre para que contuviese amor y suspiros iguales en número á la multitud que habia de honrar (*). »

La tarde de la fiesta de Todos los Santos, cuando cada familia, á la vuelta de los oficios, permanece reunida ante el hogar doméstico en que ha revivido la llama y la dulce calor, se oyen de las torres y campanarios funerales tañidos que se mezclan al primer silencio de la noche. Y es la voz de los **FINADOS** que piden para sí oraciones á los vivos.

La *voz de hierro* cae de lo alto sobre aquellos que van en busca de distracciones y placeres, y cae sobre todo dando graves pensamientos á los que no quisieran mas que reir y burlar ; porque, ya lo veis, esta fiesta de los muertos no es como las otras fiestas : hai gentes que no se ocupan

(*) Chateaubriand.

de Navidad ni Pascua, que no quieren confesar el Nacimiento ni la Resurreccion del Cristo; pero que se ven obligados á creer en la muerte de su madre, de su padre, de sus hijos acaso.... Y entonces la campana del dia de Finados les dice interiormente algo, y en silencio confiesan que el catolicismo tiene solemnidades que hablan al corazon.

¡Admirad el conocimiento que la religion tiene del corazon humano! Ella ha querido que sus hijos rueguen por los muertos; mas para que á la vista de tantos ataúdes, la tristeza y el dolor no absorbiesen demasiado sus almas, ha mostrado los rayos del cielo cerca de las sombras del sepulcro, la Resurreccion al lado de la muerte.

El dia de la fiesta de Todos los Santos no ha hablado sino de la felicidad de los elejidos, de sus delicias infinitas y de su gloria, á fin de que en el siguiente dia orásemos con mas fervor, con mas instancia para que el Dios de los vivos y de los muertos diese á nuestro padre, á nuestra madre y á nuestros amigos esa felicidad, ese descanso que el orador sagrado nos ha hecho percibir.

Figuraos un dia de Finados sin un reflejo del cielo. ¡Oh, Dios! ¡Todo seria negro y lúgubre! Ataúdes, destrucción, podredumbre, he aquí lo que ocuparía el alma, lo que sobrecojería e corazon: y cuando se estuviere reunido para

pensar en sus parientes y amigos muertos, se retrocederia de espanto, porque no se veria mas que gusanos y corrupcion. El incienso de esta cruel fiesta seria la hediondez del sepulcro; sus cirios, las antorchas funerales; sus cantos, quejas y sus himnos, gemidos.

Dios que ha hecho el corazon del hombre conoce su debilidad, concibe sus terrores: así cuando por nuestro bien quiere que pensemos en la muerte, hace caer sobre ella una vislumbre de su gloria; cuando nos ordena que vamos á orar cerca de las tumbas, hace bajar á las fúnebres regiones dos hijas de los cielos, la FÉ y la ESPERANZA; y estas santas encantadoras nos dicen palabras tan dulces que el terror nos abandona, y en lugar del espanto de la muerte sentimos una paz y una calma que consuelan: por en medio de nuestras lágrimas entrevemos á los ángeles que llevan sobre sus alas las almas libertadas de nuestros amigos.... Y en el profundo silencio que se estiende sobre todas las tumbas, si una palabra llega hasta nosotros, es: ¡RESURRECCION!

Nunca se ha mostrado con mas ahinco, ni enseñado con mas elocuencia el poder de la oracion y la excelencia de nuestro gran sacrificio, que cerca de los altares colgados de luto: la Iglesia ha querido hacernos ver al lado del féretro la oracion mas poderosa que la muerte.

Y sobre el cuerpo helado de nuestra madre,

sobre los restos de nuestro anciano padre, sobre los tiernos cadáveres de nuestros hijos y sobre las cenizas de nuestros amigos nos dice el cristianismo : « No tengais miedo, *noli timere* ; la tumba es la cuna de la inmortalidad : levantad la cabeza y vereis vuestros amigos, vuestros hijos, vuestros padres y madres, que no han dejado aquí mas que sus despojos, sus vestidos usados, porque tuvieron fé en el Cristo, y **EL CRISTO ES LA RESURRECCION....** » ; Admirable, mil veces admirable la religion que asi consuela ! ; Sé, pues, Bendita de todos los hombres, santa fé católica ! Tú sola puedes gritar sobre las tumbas !

¿ Donde está, oh muerte, tu guadaña ?

¿ Donde está, oh muerte, tu victoria ?

Tú das á nuestros afectos, á nuestras amistades una duracion que se estiende mas allá de la vida ; tú cierras los lazos que los años y las enfermedades parecian romper ; tú concedes á los hijos el poder de rescatar del purgatorio las almas de sus padres y de sus madres, y á los padres la posibilidad de dar nueva vida á sus hijos.

En tanto que el pobre mendigo vive sus dias penosos, mientras que sufre y gime, ¿ quien ha socorrido mejor sus dolores ? ¿ Quien le consoló mas poderosamente en sus sufrimientos ? ; Oh ! ; La religion ! Todos lo sabemos.

Y bien, cuando ese mendigo haya pasado su tiempo de miseria y que su cadáver se halle sin ataúd ni sudario yaciendo sobre paja.... ¿ quien vendrá á recibirlo como el cadáver de un rei ? — ; La religion !

Porqué, ya lo veis : « Entre los antiguos (*) los restos del pobre y del esclavo quedaban abandonados y sin honores ; y entre nosotros el ministro de los altares está obligado á velar sobre el ataúd del infeliz como sobre el catafalco del monarca. El indigente del evangelio, al exhalar su último suspiro, se transforma ¡ cosa sublime ! en un ser augusto y sagrado.... Apenas el mendigo que gemia á nuestra puerta, objeto de disgusto y menosprecio, ha dejado la vida, la religion nos fuerza á inclinarnos delante de él. Ella nos recuerda una formidable igualdad, ó mas bien nos ordena reverenciar á un justo rescatado con la sangre de Cristo, que de una condicion oscura y miserable acaba de subir á un trono celestial. Así es que el gran nombre de cristiano nivela todo con la muerte ; y el orgullo del mas poderoso potentado no puede arrancar á la religion otro ruego que aquel mismo que ofrece por el último habitador de la ciudad. »

Bajo la cruz de mármol que estiende sus brazos sobre los restos del rico, y bajo la cruz

(*) Chateaubriand.

negra de madera que protege la huesa de césped del pobre, la religion, cuando llega el dia de Finados, hace oír las mismas palabras. Escuchad : « ¡ Bienaventurados los que duermen en el Señor ! El Señor hablará y los muertos oirán la voz del Hijo de Dios. El que oye su palabra y que cree en él pasa de la muerte á la vida. »

« La hora viene, y los que están en los sepulcros oirán su voz : y los que obraron bien saldrán para resucitar á perdurable vida ; y los que obraron mal saldrán para resucitar á eterna condenacion. »

« Cuando llegue esta hora en que Dios resuelve despertar de su sueño á los elejidos, saldrá una voz del trono y de la propia boca del Hijo de Dios que ordenará á los muertos que revivan : ¡ Huesos áridos y secos, escuchad la palabra del Señor ! *Osa arida, audite verbum Domini.* »

Al son de esta voz poderosa, que se hará oír en un momento de oriente á occidente y del septentrion al medio dia, los cuerpos que yacen, los huesos secos, la ceniza y el polvo frio é insensible se moverán en los huecos de sus tumbas.

Toda la naturaleza se conmoverá, y la mar, y la tierra, y los abismos se prepararán á entregar los muertos que creian haber tragado como su presa, pero que en verdad no habian recibido sino como un depósito para volverlo fielmente

á la primer órden : porque *Jesus, que ama á los suyos hasta el fin*, tendrá cuidado de recojer delante de él, de todas las partes del mundo, sus restos preciosos. Y no hai que maravillarse de tan escrupuloso cuidado, porque de él se ha dicho : « Que lleva todo el universo en su eficaz palabra. »

Toda la vasta estension de la tierra, y las profundidades de los mares, y la inmensidad del mundo no son mas que un punto á sus ojos. Él sostiene con su dedo los fundamentos de la tierra, y el universo entero está en su mano. Y el que supo hallar nuestros cuerpos en la nada, de donde los sacó por su palabra, no los dejará escaparse de su poder de en medio de las criaturas, pues que esta materia de nuestros cuerpos no le pertenece menos por haber cambiado de forma y nombre ; así recojerá los restos dispersos nuestros que le son queridos, porque los tuvo unidos en un tiempo á una alma que era imágen suya. En cualquier rincon del globo en que la lei de la trasmutacion los haya arrojado, él los mirará ; y cuando la violencia de la muerte los haya llevado hasta la nada, no los perderá Dios por eso ; *por que él llama á lo que no existe con la misma facilidad que á lo que existe*. Y Tertuliano, en verdad, con razon dice : *Que la nada es suya.*

Y lo pregunto con orgullo : ¿ Hai bajo el sol

un culto que sepa como el catolicismo consolar tan bien de la muerte? ; Oh! no. No lo hai. Sin duda otras religiones ordenan la creencia en la Resurreccion : he ahí todo ; mas no dicen que los vivos pueden apresurar la bienaventuranza de los muertos. En tanto que nosotros, católicos, con nuestros ruegos y con nuestro gran sacrificio de espiacion podemos librtar las almas de los que lloramos. La amistad de un protestante no puede nada por su amigo muerto ; la amistad de un católico no se detiene ante el mármol del sepulcro, sino que remueve, por decirlo así, la tierra que cubre los ataúdes para librtar al amigo por quien llora. Y, lo hemos dicho, con nuestra creencia prolongamos nuestro afecto á pesar de la muerte.

Así es que el dia de *Finados* es una de las fiestas que el pueblo comprende mejor. Y se le ve en nuestras iglesias en derredor del catafalco, y en los cementerios por entre los monumentos suntuosos y las huesas en que brotan las altas yervas y las malvas azules, orar con una tristeza mezclada de esperanza.... Y ¿ como no bajaría la esperanza á nuestros corazones cuando pedimos la paz para nuestros prógimos que han pasado de esta á mejor vida?

Los admirables ruegos de la Iglesia son ora gritos de dolor y ora gritos de esperanza. La muerte se queja, se regocija, tiembla, se consuela, gime y suplica. Oidlos : « El dia en que los

hombres rinden el espíritu vuelven á la pátria y todos sus vanos pensamientos perecen. »

« ¡Oh, Dios mio, no os recordeis de las inmensas faltas de mi juventud, ni de mis ignorancias! »

« ; Dios mio, cesad de afijirme, pues que mis dias son absolutamente nada ! »

« Cuando me busqueis por la mañana, oh Dios mio, no me hallareis. »

« La vida me es pesada, me llena de fastidio y yo me abandono á los remordimientos. »

« Señor, ¿ vuestros dias son acaso como los de los mortales, ni vuestros eternos años como nuestros años pasageros ?

« ¿ Por que, Señor, me tornais vuestra cara y me tratais como á vuestro enemigo? ¿ Debeis acaso desplegar vuestro poder contra una hoja seca que se lleva el viento ?

« El hombre nacido de muger vive poco, y está lleno de grandes miserias : y es como una sombra que nunca permanece en el mismo estado. »

« Mis dias se han pasado, mis pensamientos se desvanecieron y todas las esperanzas de mi corazon se disiparon..... Y digo al sepulcro : Vos sereis mi padre ; y á los gusanos : Sereis mi madre y mis hermanos. »

Una voz dice : « Mis dias se desvanecieron como el humo, y mis huesos se convirtieron en polvo. »

Y otra responde: « Mis dias declinaron como la sombra. »

« ¿Que es la vida? » pregunta el sacerdote, y la multitud responde: « Un ligero vapor. »

« Los muertos se durmieron sobre el polvo; mas resucitaron como eran antes. Se despertaron gloriosos en el Señor. »

« Felices los que descansan en el Señor, por que sus buenas obras les siguen, y se reposan de sus trabajos en el seno de Dios. »

« ¡ Desde el fondo del abismo gritamos acia vos, oh Señor! ¡ Señor, escuchad nuestra voz! »

« Si contais, Señor, nuestras iniquidades, ¿ quien podrá sostener vuestro juicio? »

« ¡ Mas la misericordia es grande en vuestras manos! ¡ Sednos, Señor, misericordioso! ¡ De la mañana á la tarde Israel espera en vos! »

O me ciega una gran parcialidad, ó nunca la tristeza ni el miedo, el dolor ni la esperanza tuvieron palabras iguales á las de las oraciones de los muertos. Hai en ellas algo de mas que la tristeza de la tierra y que las quejas de los vivientes. A las voces de los que gimen en el mundo se mezclan las de los que finaron, y salen de entre el silencio de las tumbas para este gran concierto arrepentimiento y lágrimas.

Y desde lo alto del púlpito habla el gran orador de la muerte: « Al fin de los siglos todo el género humano se levantará como una sola mies. Empero es preciso antes morir y sujetarse

á la corrupcion, porque llevamos una carne de pecado cargada de males y enfermedades que es necesario deponer. »

Id á los hospitales en este triste dia para contemplar allí el espectáculo de las dolencias humanas: allí vereis cuantos achaques señorean nuestro triste cuerpo. Ora lo estienden, lo contraen, lo relajan y adormecen: ora tullido lo clavan al miserable lecho; y ora entero lo conmueven con horrible temblor. ¡ Variedad lastimosa! ¡ Maravillosa diversidad! ¡ Cristianos, la enfermedad juega como quiere con nuestro cuerpo cuando el pecado lo abandona á sus caprichos!

¡ Oh, hombre, considera que poco eres! Ven á aprender la funesta lista de males que amenazan tu debilidad. ¡ Y la fortuna, igualmente injuriosa, no es menos fecunda en penosos acontecimientos! El auxilio que se presta á nuestros cuerpos es la imágen del gran socorro que un dia les dará Jesucristo libertándolos completamente. Entre tanto, es preciso que sucumban para que sean renovados; pero no dejarán en la tierra mas que su mortalidad y su corrupcion: es preciso que el cuerpo sea destruido hasta el polvo. La carne cambiará de naturaleza y tomará otro nombre, porque ni el de cadáver le quedará por mucho tiempo; ella vendrá á ser.... no se que, que no tiene nombre en ninguna lengua: tan verdad es que todo

muere en ella, hasta el fúnebre término que espresaba los miserables restos.

David, Job, Bossuet, Tertuliano me han procurado las palabras con que he descrito la jornada de los muertos. Si evocase aun la memoria de cada uno de vosotros estaria seguro de moveros, porque de los que leerán estas páginas casi todos han llevado su luto en derredor de una tumba; casi todos han repetido las palabras de los agonizantes cerca del lecho de un moribundo; casi todos han visto el interior de un ataud y recitado el *De profundis* bajo la bóveda mortuoria del finado; casi todos han oido la tierra caer y resonar lúgubrememente sobre las tablas del féretro....: empero no apelaremos á tan atormentadores recuerdos. El día de Finados no debe ser un día de espanto, sino uno de esperanza y casi de consuelo.

Desde su origen la Iglesia ha rogado siempre por sus hijos muertos. Ella que conocia las misericordias del Señor, no cesaba de ofrecer por los que finaron el sacrificio que rescata las almas y que les abre las puertas del cielo. Pero san Odillon, obispo de Cluny, fué uno de los primeros en establecer una conmemoracion general por todos los fieles, y escogió para esta solemnidad el día siguiente á la fiesta de Todos los Santos.

Se vió en poco tiempo adoptar y practicar esa observancia en toda la Iglesia de occidente

por la autoridad de la Silla apostólica. Y luego se le puso en el número de las fiestas cuya observacion es de precepto entre el pueblo y el clero.

Esta fiesta de arrepentimiento, de recuerdos y oraciones era ya comun en Inglaterra al principio del siglo XIII, como parece por el concilio de Oxford tenido en 1222. Ella está en la clase de las solemnidades de segundo orden. Y fué ordenada de precepto para la ciudad y diócesis de Paris por el obispo Eustaquio del Bellay en sus estatutos de 1557.

Hoi esta conmemoracion está arraigada en las costumbres de los pueblos, y olvidarian los hombres antes que esta muchas otras fiestas. Hai en el pensamiento de posibilidad de asegurar la felicidad eterna de nuestros amigos muertos, por medio de la oracion, tan grande atractivo y tan fuerte consuelo que hemos visto protestantes volver al seno de la religion católica por esta sola idea. Un luterano se hizo católico por la creencia en el purgatorio: por que habiendo perdido un hermano en medio de una fiesta, se recordaba sin cesar del repentino paso de un festin á la tumba; y su alma tenia necesidad de consuelo. Y sabiendo la pureza necesaria para el cielo no veia lugar intermedio entre el átrio celestial y las profundidades del abismo, y sus temores se hacian angustias interminables: sus días pasaban sin distrac-

cion; sus noches sin sueño; sus pensamientos sin esperanza, y no tenia reposo. En su religion le era preciso creer que así como se exhala el último suspiro se cumple la voluntad de Dios: ¡juicio súbito, instantaneo, irrevocable! Nuestro culto nos enseña que podemos aun ayudarnos despues de la muerte: nuestros ruegos quitan su silencio terrible al sepulcro, porque conversamos aun con los que partieron de esta vida; y la debilidad humana, que no es el crimen, empero que tampoco es la pureza, halla entre los confines del cielo y del infierno un lugar de expiacion que Dios ha revelado. En el catolicismo se halla consuelo para aquí abajo, y alivio del peso que de continuo nos oprime y que desaparece orando.

La oracion es el aliento del alma, sobre todo cerca de las tumbas. Allí todas las cosas accesorias á la muerte, la tierra que cae sobre el ataúd, el sellado mármol que pesa sobre los restos frios del que finó, los gusanos y la corrupcion que llegan, á pesar de las cajas de caoba y de plomo, para devorar lo que ha quedado de nuestros parientes y amigos, todo esto nos desgarraria el corazon; la oracion, empero, levanta tan enorme peso, consuela el alma y la hace respirar: como un rocío reverdece la felicidad y hace que la prosperidad sea mui mas dulce, y se levanta sobre nuestras penas como una blanca aurora para disipar las

tinieblas y para hacer ver el cielo á nuestros ojos anegados en lágrimas.

Así es que la religion la introduce en todas sus fiestas: y en todo el año cristiano sube sin cesar acia Dios con los méritos de las buenas obras y el humo del incienso.

